

XI EXALTACIÓN A LA CRUZ EN HONOR AL STMO. CRISTO DEL AMOR

Márgenes del río de la Cofradía: el pueblo a quien le nace el amor en la verdad y en la admiración. Cuando, aquí en San Bernardo, sale al aire de sus calles mi inconfundible Cristo del Amor, al verle pasar ante nuestras almas gritará nuestro dentro –íntima, convencídamente-: “en verdad, Tú eres el Hijo de Dios, vivo”. Porque lo está, en su casi-muerte, porque todavía late, porque siempre queda un poquito para morir a mi Cristo. El Hijo del Hombre, que se va muriendo a chorros, ¡cómo le hemos puesto!

Te lleva en volandas de amor inigualable tu Cofradía; ordenada, penitente, recogidamente. Pasito a paso, poco a poco. Despacio, ¡que no hay prisa! Dejando oír hasta el crujir de la madera. Arriba, la pirueta del trazo exacto del INRI, paloma posada en el árbol de Su cruz. Abajo la sutil enredadera de los guardabrisas que Le escoltan. Más abajo, se oye el subir de nuestros ojos para contemplar Su figura aupada. Y la oración rabiosa de lucha y Fe que Le lanzó el poeta amigo al verle:

...Cuando nada me alegra ni ilusiona,

Cuando nada ambiciono ni deseo,

Cuando todo me vence y aprisiona...

¡ahora, Señor, que claramente veo

Que ni olvida la vida ni perdona.

Como nunca creí, en Ti ahora creo!

Y en medio, Tú: que traes los decires de la lección de Tu pasión en el balanceo de cruz inevitable. Verte cara a cara: los ojos desencajados porque la muerte llega; sangre sin medida; espinas abundantes; la nariz que ya se afina ¡Eres Dios sin relumbres de Cruz en tus conteras! Pero limosneas aire vital por boca y por las fosas nasales que aletean. Y dan ganas de sujetar esa cintura antes que el último aliento la desplome, y aparte del peso que desgarrar. Secar la sangre –suave, acariciadoramente-, sacarte las espinas...despacio, una a una.

Todo... ¡menos desclavarte!: lo siento, Cristo, lo sentimos..., pero has de morir, remate de tu obra...

Verte pasar cada Viernes Santo durante muchos años. Y cada uno de ellos sabiéndote mortalmente herido. Saber traducir, en nuestras vidas, esos mimos de secar, quitar espinas, decirte compasiones muy bajito, aliviar tu fatiga, tu muerte lenta y que termina... ¿Bueno con El, he sido bueno con todos mis hermanos?, ¿Traduje bien todo eso en mi vida? ¿Cómo le sostuve, le he aliviado?

Así hasta que un Viernes Santo te falte, Cristo, en la acera de mi vida. Tú lo habrás querido. Ya no podré tenderte la mirada, desde allí abajo, con fe bien sostenida. Pero allá arriba, aunque sin fe –porque no hará ya falta– ¡déjame una acera..! Y Tú, Cristo, aquí, mira, ¡sigue mirando, pero más arriba!: que estaré esperando que me pases, como aquí lo hacía, para quererte más y más, darte las gracias, y ¡hasta aliviarte..., si allí fuera posible todavía!

Rvdo. Padre, Párroco de la de San Bernardo Abad y Director Espiritual de nuestra Hermandad, Sr. Presidente del Consejo, Sra. Hermana Mayor y Junta de Gobierno de la Venerable y Fervorosa Hermandad de Penitencia y Cofradía de Nazarenos del Stmo. Cristo del Amor, María Stma. De la Esperanza y San Bernardo Abad, Sras. y Sres. miembros de la Permanente del Consejo, Sras. y Sres. Hermanos Mayores de las distintas Hdes. Sacramentales, Gloria y Penitencia de nuestro Arciprestazgo, Hermanas y Hermanos en la fe, Sras. y Sres., amigos todos.

Cuenta la leyenda que Antonio Mairena, famoso cantaor flamenco, fue invitado a una casa Sevillana a cantar una saeta al Señor del Gran Poder. Cuando Antonio llegó le recibieron con la hospitalidad que caracteriza a nuestra tierra ofreciéndole todo tipo de viandas típicas de la Semana Santa a las que él, muy amablemente, rechazó. Durante un buen tiempo estuvo deambulando por la estancia nervioso, sudorosas las manos, con la vista perdida como buscando un consuelo, una palabra que le alentara hasta que, llegado al balcón desde el que cantaría su saeta al Señor de Sevilla, vio llegar la cruz de guía de la Hermandad. Inmediatamente se

dirigió a la anfitriona y le pidió un poco de colonia a lo que esta accedió, no sin antes preguntar el porqué de dicha petición, a lo que él tajantemente y sin tapujos respondió: Es para oler bien cuando me enfrente con El.

Pues así me he sentido yo en las horas previas a este momento.

Me levanté temprano con una sensación de nerviosismo, casi temiendo que llegara este instante tan deseado. Fui caminando hasta la orilla del mar y metiendo los pies en el agua aspiré profundamente para respirar ese aroma salino que tanto nos gusta a los que tenemos la suerte de vivir en la costa, e impregnarme de la brisa marina de las olas que me sirviera de bálsamo reparador. Me relajé y después de asearme, me puse mis mejores galas y me he perfumado porque desde ya voy a enfrentarme a Su mirada y eso requiere un temple y un respeto difíciles de explicar hasta que estás a solas frente a frente con Él. Cara a cara viendo su faz doliente y su boca entreabierta.

Como es de bien nacidos ser agradecidos quiero dar las gracias a Nuestra Hermana Mayor y a su Jovencísima Junta de Gobierno por permitirme ser quien pregone a nuestro Amantísimo Titular. Gracias por confiar en este hermano que un día estuvo sentado donde ustedes estáis ahora, con la misma ilusión con la que contáis y con las mismas ganas de trabajar y luchar por nuestra Hermandad. Os deseo muchos éxitos porque vuestros éxitos son nuestros éxitos. Pero también deciros que en los momentos difíciles también estaré, estaremos mi familia y yo, allí donde nos necesitéis.

Juan: me dijiste que a partir de Abril la cosa iba a cambiar, y es cierto, no te has equivocado. Gracias por lo que nos toca. Porque como dice mi querido hermano José Ramón Mata: hay que sumar y no restar. Nada tiene que ver con buenos y malos, todos tenemos cabida.

Como siempre os he dicho, estoy a disposición de mi Hermandad porque es lo menos que debemos de hacer los hermanos comprometidos y que no somos solo de cuota.

Agradecer las muestras de afecto y ánimo de quienes me demostraron su alegría al enterarse de mi designación como exaltador y que hoy me acompañan.

Un profundo y emocionado abrazo a mis hermanos que fueron, son y serán costaleros y capataces de nuestro Señor desde que su Bendita Imagen llegó a esta Parroquia y sobre todo a quienes gozan ya de la gloria eterna del Altísimo. No quiero nombrar a ninguno porque me dejaría nombres en el tintero y no sería justo. Hoy tengo la suerte de contar con la presencia de muchos de ellos que me sirven de acicate y estímulo para ponerme delante de la Cruz Santa del Amor. Y se me vienen a la memoria, a modo de homenaje, estos versos de Garrido Bustamante:

Qué bien se llevan los pasos

Andando sobre los pies.

Con las medidas cortitas

Y acompasado el vaivén.

El paso se ve de lejos,

que de cerca no se ve,

porque hay que ver el trabajo

de los que pueden con él,

y las levantás de ensueño

sin que se caiga un clavel.

Con chicotás a lo justo ¡Bueno, bueno, no corré!

¡duro con el valientes!

(cómo va el paso, qué bien)

¡¡pararse ahí! ¡Y que caigan los cuatro zancos a la vez!

Qué bien se llevan los pasos

Andando sobre los pies.

Y, como no, daros las gracias hijas mías por vuestras palabras. Gracias por ser como sois. Os lo agradezco de todo corazón. Doy gracias a Dios día a día por regalarnos a estas hijas tan maravillosas. Siempre os habéis sentido parte de esta gran familia, habéis superado todo tipo de obstáculos poniendo la otra mejilla como Él nos enseñó, y siempre tendréis el lugar que os corresponde mientras vuestra madre y yo vivamos. Os hemos inculcado, desde pequeñas, el amor y el respeto por quienes son faro y guía de nuestra fe que fue la fe de nuestros mayores que fundaron esta Cofradía.

Y una cosa os digo: todo lo que os tengo que enseñar está en esos pies desgastados por el Amor de nuestro Cristo y en la cara pura y resplandeciente de Nuestra Madre.

Toda la fe, toda la explicación, el amor de Dios que quiero que sintáis en el corazón están allí. En esos pies Cansados y traspasados o en esa cara de Nuestra Luz de Esperanza que refleja, nada más mirarla, toda la Pasión de Cristo.

Lo mejor que podéis hacer cuando necesitéis alivio es venir a verlos. Es la mejor cura que existe. Gracias hijas. Por eso os dedico esta exaltación.

Y como ese nazareno de la cruz de Guía que se abre camino ante una multitud ingente y apiñada, no por él ni por sus fuerzas, sino porque sólo la cruz se abre paso por sí misma, yo también confío en abrirme paso en vuestros corazones y en vuestros sentimientos, con mi difícil pero

hermoso cometido. Tan solo pidiros perdón si en algún momento la emoción dificulta mi entereza.

LA CRUZ:

Y en el centro de nuestra fe está el Árbol Divino de la Cruz. Esa cruz de ignominia se convierte en faro que por los caminos del mundo ha de alumbrar la expansión sublime del Cristianismo. Esa cruz que es camino, estandarte y altar; camino recto y seguro, que dirige a la bienaventuranza eterna. Y en ella ese Cristo, Príncipe de la Paz, que por salvarnos y redimirnos se hizo carne, habitó entre nosotros y se abrazó a ella sin aceptarla con resignación forzosa, y va a morir en el momento supremo del drama, la substancia del dogma, la entraña de la fe. Se hace patente la razón de cruz, que cruz es desde el llanto al nacer, hasta la última lágrima, y Cruz- digámoslo bien fuerte- para luego RESUCITAR. Quiero subrayarlo: Vera-Cruz. Cruz para que el nazareno la tome: “Toma tu cruz y sígueme” porque lo principal, en la vivencia de la fe cristiana, es la salvación realizada por la cruz de Cristo. Porque Él es nuestra paz; él nos ha reconciliado con Dios y con toda la humanidad por medio de la cruz, dando en sí mismo la muerte a la Enemistad. Bien claro lo dijo el clásico:

Santidad y Cruz es una:

No hay Cruz que no tenga santo,

Ni santo sin Cruz alguna.

Porque la cruz se toma y abraza, que a la cruz se va; que a la cruz se sube; que en la cruz se está; que en la cruz se muere; que de la cruz se baja; y de la cruz se resucita.

. Vera Cruz de Cristo, el dolor primario, visperal. Significación crucífera con valedores como el humilde San Francisco, La Cruz de Santa Elena, la fe de Constantino, y un Papa, Paulo III, que previó el poder expiatorio de las Veras Cruces. La cruz verdadera a través del Santo Rosario ganada y merecida por el rodeo petitorio del coloquio de las avemarías.

*Me duele ver que mi vida
Es fruto, Amor, de tu muerte.
Me duele tener que verte
Destruído en cada herida.*

*¡Déjame que te lo pida!
¡Mira que yo te lo digo,
Amor, sin otro testigo,
Que Tú mismo, en cruz abierto!
¡Quien pudiera, Cristo nuestro,
Crucificarse Contigo!*

Pero esa muerte en la cruz es Su buen fin porque con ella nos sigue dando la vida, porque sus cinco llagas ya sólo serán un recuerdo de la pasión y se quede entre nosotros al estar presente en la Eucaristía. Tan vivo como estuvo en las entrañas de la Virgen María, Madre del Sagrario Eterno, que le dio la carne de su carne y la sangre de su sangre.

Los crucificados concentran en su figura aislada, sobre la escueta cumbre de la redención, el amor de nuestras almas, los que más nos atraen con su fuerza de símbolo, los que más nos hacen pensar en ese misterio de la muerte divina, aurora de nuestra salvación.

La paz y el Amor están en la Cruz, donde Dios muere perdonando, suave, dulcemente, a lo sumo un estertor, y luego serenidad, sosiego como nuestro Cristo que llena de Amor la tarde del Viernes Santo.

Y a esa reconciliación sólo se llega por la cruz. Y a Él, en San Bernardo, lo vemos como alguien cercano con quien podemos conversar y hablarle frente a frente, ofreciéndole nuestras dudas. Por eso:

Lo miro en la cruz clavado,
Abandonado de Dios
Y un ruego: perdónanos
Se hace culpa en mi costado.

Lo negué y Él me ha salvado
De llenarme de vacío.
Por eso al sentirlos fríos
Manos y pies tan esclavos
Yo sé que en esos tres clavos
algunos golpes son míos.

Pero al rezarte te nombro
Como siempre te nombré
Sin tener claro si es fe
Lo que me empuja a rezarte,
O saber que tengo parte
en esa cruz, no lo sé.

Y Te hablo desde la desesperación
Porque lo necesito.
Si Tu eres el mismo Cristo
Y preguntaste a la altura

¿Qué hago si en mi noche oscura

Alguna cruz no resisto?

Y si por Tu amor existo

¿Cómo me voy a callar

si me acaban de clavar

una lanza en el costado

y por más que te he llamado

Tu no acabas de llegar?

Porque sí, porque soy parte de su obra

No puedo amarrarme la voz y callarme.

Si sé quién es, le exijo como el que es.

El hombre y el Cristo a solas,

Jesús, como tantas veces.

Yo me achico, Tú te creces

como la espuma de las olas.

Y ante Él la piadosa exigencia

de quien lo necesita,

¿Por qué me has abandonado?

Preguntaste en tu agonía.

Hice tantas veces mía
esa pregunta a tu lado.

El Dios que tengo en mí de cabecera
Vive pendiente de que yo me asombre,
De que le pida cuentas, que le nombre,
Le exija, le pregunte.
Y que le quiera.

Es ese Dios que entre los hombres labra
para sembrar a mano una palabra:
AMOR que le germine cada día.
El mismo que me llama y no contesto.
Siempre me encuentra con lo puesto,
Y al que sigo buscando todavía.

¿Y tú? Tú que no convives con esa desnudez suya.
Tú precisas de otra manera suya de acercarse...
Porque, Jesús sabe, que el hombre necesita
lo visible y cercano, lo tangible
y para que se acerque a lo posible
Imágenes de Él le facilita .

Aquel Jesús de cruz y de calvario
El Nazareno aquel, el que decía
que por amor la pena merecía,
quizá no sea tu imagen de diario.

Pero El se va a la mano de las formas
Porque sabe que tú no te conformas
Si no lo ves, lo palpas, lo veneras
Y permite a la mano que lo talle
Y al pueblo que lo lleve por la calle,
Para que tú lo nombres como quieras.

CRISTO DEL AMOR:

¿Habéis visto de cerca al Señor del Amor? No se comprende. Viéndole al pie de su altar, lo miras y sientes cómo en ese mismo instante de su muerte, no cambió de súbito toda la estructura social y humana de la Tierra. “Está la majestad de Dios Tendida”, se piensa con Lope de Vega. Fundido en la Cruz. Su sangre inmóvil, es sangre canon. Sangre norma, que obliga a toda sangre. Sangre de Amor. No el amor de criatura al que hay que echarle leña a cada paso para que arda. No, el amor lo es en toda su jerarquía estética e interna. Todo el Amor está en Él.

Casi a Diario lo vemos inmóvil en su altar. Ríos de sangre van a su pecho camino de la tremenda meseta inerte de su vientre. Los dedos como peninsulillas por las que se va la sangre a la mar de la muerte. Los brazos, clavados, pero con las muñecas deslizándose por la redonda madera de la Cruz. A Jesús le llega mansamente la muerte como la onda suave del mar besa la orilla, y cual si la Divinidad del Verbo escondida hasta el último instante de la Pasión, dejara actuar por voluntad propia a esa misma muerte implacable, pero teniéndola a raya, domeñando su violencia, su furor fatal, su palidez y su frío.

Delicadeza de Dios que anda, cruza, nos mira, nos gana. Se muere el Hombre, con majestad, reflejando la persona divina en la forma admirable de la belleza humana. Los ojos caídos en los claveles, mirando a la tierra que le mata. Se le mira y lleva a comulgar. Se le vuelve a mirar en el hacimiento de gracias y sonrío. Delicadeza consolante de su mirada. Dios vivo vive plácidamente feliz de ser Redentor de la Humanidad. ¡Sólo su nombre basta! ¡Amor!

*Siempre me abrazo con el signo eterno,
cuando al borde me inclino
del mar inmenso del amor divino
o del torrente del amor materno.*

Es un Cristo que habla desde la Cruz, adelantando la cara con el gesto peculiar de la revelación o la confidencia. Nada menos que nos habla la realeza del Maestro a pesar de que cuelga como un malhechor del patíbulo y presiente la hora de la muerte ignominiosa. En su rostro se refleja que a la angustia humana se contrapuso, en exquisito maridaje, en sutil armonía, la serenidad imperiosa del gesto divino. Guarda para sí lo acerbo del dolor, como si la voluntad de padecer refrenara la intensidad del sufrimiento. En la faz patética del Señor hay un remanso nítido que no es espejo del alma que gime, sino retrato y trasunto de un corazón que, sosegadamente, se dispone a dormir, que es morir, de dolor.

Esa muerte que llega suave y mansa, como para el que no la teme, como el que la vence y la domina. El Dios del amor, el mejor amor. El que sabe morir amando.

*Yo no te rezo. Yo te hablo y sigo
por la segura luz de tu sendero.
Y a ti te basta, sabes lo que espero,
de sobra sabes Tú lo que te digo.*

*Yo sólo con mirarte, ya te obligo,
porque Tú sabes bien lo que yo quiero.
Amor-te digo- y todo tu madero
Florece en rosas, nazareno amigo.*

¿Qué quieres Tú? ¿Mi voluntad? La tienes.

*¡Es tuya! ¡Te la entrego! ¡Tú lo sabes!
¡Tus dolorosas manos me hacen bueno!*

*¡Amor! – Te digo- y baja de tus sienes
la misma gloria, y en la luz no cabes.
¡Más que la luz, tu muerte, Padre Eterno!*

No hay agonía en la cara, ni espanto en los ojos vencidos, ni abatimiento en los miembros, ni exaltación o sublevación de la angustia en la actitud de crucificado. Su efigie interpreta el misterio de la Humanidad que sufre y la Divinidad que quiere el sufrimiento. Su rostro demuestra misericordia, esa misericordia que hemos olvidado de indicar y recorrer durante mucho tiempo. Esa que es el centro de la Revelación de Jesucristo y que debemos de redescubrir. Como dijo el Señor: “Misericordia quiero y no sacrificio; pues no he venido a llamar a los justos sino a los pecadores”.

Capataz:

*Lleva despacio a Jesús
que va muriendo por amor
sobre el árbol de la cruz*

*Que no le roce el aire
que se mece por las ramas,
porque puede dilatarse
el manantial de sus llagas.*

*Ni la ráfaga de luz
con su tacto de azahar,
ni el suspiro del naranjo
cuando vayas a llamar.*

*Ni el clavel en la ventana
ni el geranio del balcón,
ni el cuchillo de la noche
ni el reflejo del farol.*

*ni la música siquiera
de la saeta que canta,
ni el Padrenuestro que vibra
en la sedienta garganta.*

*Ni el mercurio del lucero
ni el azogue de la estrella,
ni el trepidar tan siquiera
del pisar del costalero.*

Capataz:

*Que no roce a Jesús
ni el hálito del candor,
ni el pétalo de la brisa.*

¡Que va Muriendo por amor!

A mí me gusta verlo de regreso, de madrugada. En la serenidad de la noche plácida aureolada de plata. A la luz de la luna, como dijo la poetisa: la que ilumina la noche más oscura, cómplice de miedos, de temores y de dudas, guardiana de cuentos y de anhelos. Compañera de versos para un

amor secreto, que le besa el rostro al avanzar su paso. Cuando se oye caer el aire en los ojos y el frío en las manos. Hay en algunos momentos un silencio. ¿Va a hablar Cristo? Pesa, duele. Silencio como el que debió haber cuando Cristo miraba a su Madre. Pensadlo. Los ojos de Jesús en los de la Virgen, y por la sangre de los dos debatiéndose en la despedida, una humanísima desolación. “Cruz fidelis, fiel” canta el Pange Lingua. Y paralelo a ese silencio, el otro, el magno, silencio terrible del Señor del Amor. “Se desemboca con él, en el mar del silencio” decía Fray Luís.

Por eso cuando sale, todo pecho es altar. Anda, más que entre nuestras calles, por dentro de cada hombre.

*Tú me mueves, me mueve el verte
Clavado en una Cruz y escarnecido;
Me mueve el ver Tu cuerpo tan herido;
Me mueve, Señor, Tu Buena Muerte.*

Es esa quinta palabra pronunciada en el Gólgota: Tengo Sed. Los heridos de sangre tienen mucha sed. Sed de agua, sed fisiológica. ¡Pobre Jesús! Nadie le socorrerá. Tendrá que morir de sed. No tendrá a nadie que le refresque los labios ardientes en aquellos últimos momentos.

Delante de El tenía a la Virgen Santísima, pero la pobrecita no podía hacer absolutamente nada.

Al pajarillo no le falta nunca un charquito de agua donde apagar su sed. Hasta la flor más insignificante en primavera, por la mañana, recibe la caricia fresca de una gota de rocío. Pero nuestro Señor Jesucristo, el Creador del mundo, el que hacía aquellos ríos del paraíso terrenal, el que mandó a Moisés herir con su vara una roca de la que brotó una fuente de agua clara y cristalina, no tendrá ni una sola gota de agua donde apagar su ardiente sed. ¡Se morirá de sed!

*¡Qué solo vas, amor, qué solo!
Clavamos tus manos como anclas
que fijan para siempre tus sueños*

al árbol de nuestra vida.

*Ya no te irás nunca,
rostro abatido de Dios,
de nuestras sombras.*

*Nos perteneces
porque te hiciste demasiado hombre.*

Y como hombre te tratamos.

*Atado a nuestras calles,
nos preguntamos
si valió la pena tanto amor,
tan cercano amor,
cuando tan solo vas y tan alto.*

*Si tus sueños de este instante,
siempre los mismos sueños, siempre,
serán alguna vez nuestros sueños.*

*Si alguna vez dejarás de recorrer nuestra noche,
si alguna vez veremos alzar tu poderoso rostro y sonreír.*

¡Qué solo vas, Amor, qué solo!

Uno de aquellos soldados, al escuchar esta palabra, mojó una esponja en el jarro de posea- era la bebida que tenían ellos para refrescarse: un poco de agua mezclada con vinagre, nada más- y la acercó con su lanza a la boca del divino Mártir pero esto debió de aumentarle más la sed. Pero lo gustó un poquito, con finura, con agradecimiento...

Jesucristo tenía una inmensa sed de agua natural. Pero Él, el divino Mártir, el divino Paciente, que no se quejó absolutamente de nada en medio de

aquellos tormentos inefables de la flagelación, de la coronación de espinas y de la crucifixión; Jesucristo, que no abrió sus labios para musitar una sola queja, no se hubiera quejado tampoco de la sed material si no hubiera querido decirnos algo misterioso, si detrás de ese sentido literal no hubiera un sentido figurado, un sentido alegórico, para decirnos algo más alto y más sublime todavía, con ser tan santa y adorable la sed material de Nuestro Señor Jesucristo.

Es esa sed espiritual verdaderamente devoradora. Él, alargando su mano de mendigo, nos pidió un poquito de amor, un poquito de correspondencia a su infinita generosidad. Él es el mendigo del amor del pobre corazón humano. Pero le seguimos negando el agua de nuestras culpas. Jesucristo desde lo alto de la cruz, estaba contemplando el panorama de toda la humanidad. En virtud de su ciencia divina, para Él no había ni pretérito ni futuro, sino un presente siempre actual.

En un Viernes Santo

quisiera ser golondrina

llevándome para siempre

la cruel corona de espinas

con que te martirizaron.

Y para quitar tus clavos

quisiera ser carpintero

y sacarlos poco a poco,

y bajarte del madero

donde te crucificaron.

*Y cuando, Cristo del Amor,
pasados mis días terrenos
al fin me encuentre a Tu lado,
curar quisiera dulcemente
las heridas de tu cuerpo lacerado.*

ESPERANZA

¿Y cómo me voy a olvidar de Ti Madre mía? Imposible. Estás bellísima, radiante, como una reina. Porque, aunque suene a irreverencia, eres esa nube bendita que lo inunda todo y en nuestra imperfección dejamos a un lado a quien de verdad debemos de adorar realmente: a Jesús sacramentado. Pero al verte todo se me nubla y nada más que tengo ojos para mirarte y por eso no puedo por más que dedicarte unas palabras porque son muchos años rezándote, hablándote de mis problemas y hoy solo quiero recitarte unos estrofas de Rodríguez Buzón que definen fielmente lo que siento por Ti:

*Creí Señora mi pecho
de la cadencia olvidado.
Más quedé para Ti flores
en los jardines y prados,
y en arriates de sueño,
y en los surcos del milagro,
y en las plazas escondidas,
y en los desiertos collados,
y en las riberas umbrías,*

y por los huertos cerrados.

*Busque flores para Ti
que es tenerlas en la mano
porque al evocar tu nombre
toda la luz se hace nardo
y de jazmín se hace aire
y toda la sangre amaranto
y violetas los recuerdos
y fina azucena el tacto
y gardenia la mirada
y margarita los labios
y clavel el corazón
y las espigas geranios.*

*Busqué flores para Ti
que es tenerla en la mano
porque el ángel del dolor
las hace surgir del cardo,
y de la piedra desnuda
y de la arista del canto
y de la pena escondida
y del fondo del quebranto
y de la frente cansada
y del hundido costado
y del pecho sin latido*

y del lamento quebrado.

*Busqué flores para Ti,
triste y desesperado,
porque el jardín de mi voz,
Señora, estaba agotado.
Pero me postré a tus plantas,
y con los ojos clavados
en la gloria de Tus Ojos
de lágrimas arrasados,
sentí como me llenaba
de flores mi rosal blanco.*

*Y grité como el que encuentra
lo inútilmente buscado,
y canté como el que canta
por el goce desbordado,
y de oración alabanza
yo compuse un nuevo ramo
para Ti, que eres la Reina
de los celestiales prados,
de los eternos jardines
de los arriates altos*

*de las riberas de cielo
y de los surcos dorados.
Para Ti que eres la Reina*

del puro amor entregado.

De los caminos sin sombra y de ese Valle Sagrado

que los ángeles vigilan

al resplandor de tu llanto.

Y ante tu altar Virgen mía

yo me quedé musitando:

¡ay! quien pudiera Señora

ser flor de ese humilde ramo

FINAL

Y voy a terminar mi cansado peregrinar. Como diría el poeta:

Se ha dormido la voz en mi garganta

y tiene el corazón un salmo quedo.

Ya sólo reza el corazón, no canta.

Permitidme un ruego y un descanso anticipado. Permitidme lo que es mi más ansiado y seguro sosiego. Dejadme descansar a los pies del Cristo de mis Amores. Voy a buscarlo y seguro que lo encuentro. Iré a buscarte, Cristo mío, porque sé que te encontraré en Tu altar de todos los días, oyendo lágrimas, gracias y suspiros. Iré a buscarte por los rincones de San Bernardo implorando el perdón de los muchos que te amaron. Te buscaré por el surco diario que abren nuestras vidas. O iré a buscarte al atardecer, a la hora del juicio del Amor. Guárdanos como la pupila de tus ojos, Señor.

Aunque sea sólo por eso
por ir contigo esta noche,
yo quiero ser nazareno,
Y acompañarte en el paso
De Tu cruz y tu silencio.

Por ver Tus manos benditas
clavadas en el madero.
Por sentir la noche amarga
atravesando Tu cuerpo.

Por iluminar tu sombra
con la cera de mis rezos,
por detenerme a la orilla
de Tu rostro descompuesto.

Por quitar una a una
las espinas que te hirieron
por ver tu amor destruirse
bajo la luz de nuestro cielo.

Por el llanto de Tu Madre
en alcores sin consuelo.
Por ser Tu hermano, tu amigo,
por hacer de cirineo

llevando en la noche al hombro
el dolor de nuestro pueblo.

Por el hambre y la miseria,
por la herida del enfermo,
por los que ignoran Tu muerte,
por los que no te siguieron
y por todos mis pecados,
aunque sé que no merezco
ni caminar a tu lado.
Aunque sea sólo por eso,
por ir contigo esta noche,
Yo quiero ser nazareno.

¡HE DICHO!

Eduardo Julián González Gómez de la Mata

La Línea de la Concepción a 24 de Septiembre de 2016.